

Historia de mi ansia

NEFELIBATA



OTROS LIBROS DE
LA AUTORA EN DUOMO:

El amor que te mereces

DARIA BIGNARDI

Historia de mi ansia

Traducción de Montse Triviño



Duomo ediciones

Barcelona, 2019

Título original: *Storia della mia ansia*

© 2018, Mondadori Libri S.p.A., Milán

© de la traducción, 2019 de Montserrat Triviño González

© de esta edición, 2019 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: febrero de 2019

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona 08012, (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-17128-90-6

Código IBIC: FA

DL B 26417-2018

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime

www.grafime.com

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi Luca

Lo que me interesa no es solo la realidad que nos rodea, sino la que está dentro de nosotros. No es el acontecimiento en sí, sino lo que induce en los sentimientos. Dicho de otra manera: el alma de los sucesos. Para mí los sentimientos también son realidad.

SVETLANA ALEXIÉVICH,
La guerra no tiene rostro de mujer

Shlomo sostiene que enamorarnos fue una desgracia. La primera vez que lo dijo me dolió, pero luego comprendí que tenía razón: juntos somos infelices.

Creo que yo soy quien más sufre por este amor desgraciado, pero ¿cómo saber qué sienten de verdad los demás?, ¿cómo saber qué siente tu propio marido?

Shlomo no habla de sus penas: cree que hacerlo es indecoroso o a lo mejor es que ha aprendido a fingir que no existen. Es su forma de defenderse de ellas y de mí.

Puede que Shlomo en realidad no sufra, salvo por mí, aunque solo lo admite cuando le digo que me hace sufrir. Entonces me mira crispado, un relámpago oscurece sus ojos amarillos y dice, entre dientes:

—¿Y te crees que yo no lo paso mal?

No me explica por qué. Shlomo no se queja. Shlomo no pregunta.

Juntos no estamos bien, pero tampoco podemos separarnos.

Dice que no me dejará nunca, no sé si por su sentido de la responsabilidad, por pereza o porque me quiere más de lo que está dispuesto a admitir.

Yo no lo dejaré nunca porque estoy enamorada de él, de su atractivo escondido como un mineral, de su olor, de su forma de hablar con los niños.

No lo soporto, pero lo amo. Shlomo es mi cruz.

Me habrá tocado como castigo por algo que hice en una vida anterior, o de joven, cuando rompía corazones sin ni siquiera darme cuenta. Fui una hija querida –aunque malquerida–, pero nunca he visto a la madre de Shlomo abrazarlo: las pocas veces que se veían, ella le acercaba la mejilla para que él le diera un beso fugaz. Shlomo sostiene que haber tenido una madre poco afectiva es una ventaja. Desprecia todo sentimentalismo, los sentimientos lo aburren.

A veces creo que es porque está inmunizado tras una infancia de niño gordo, de la cual nunca me ha hablado. A los trece años descubrió el gimnasio y se transformó en el hombre macizo que es hoy, pero de niño era gordo, tenía una madre rígida y un padre ausente, y se crio en una comunidad reducida y rural: quién sabe si sufrió mucho, si se reían de él, si tuvo que pelear y aprender a defenderse. Lo que se aprende de niño no se olvida jamás.

En las pocas fotos de su niñez que me ha enseñado aparece siempre con una expresión sombría. O, más que una expresión sombría, con la misma mirada concentrada, atenta y seria de hoy. La mirada vigilante de quien no está dispuesto a dejarse someter.

Shlomo no habla de los problemas de Israel, ni de las guerras, ni de los atentados ni del genocidio que vivieron sus abuelos. A veces creo que se siente culpable por haberse marchado. Y otras, que se casó conmigo para dejarlo todo atrás.

Shlomo no soporta mi ansiedad. La considera una falta de confianza en mí misma y en él. La ve como una debilidad. Sé muy bien cómo funciona: yo tampoco soportaba la ansiedad de mi madre, pero comprendía que era una enfermedad. Odiaba su ansiedad, no a ella.

Shlomo no entiende las enfermedades porque nunca se ha puesto enfermo. Según él, la única desgracia que le ha ocurrido en esta vida es enamorarse de mí. Y por eso temo, a veces, que se parta en dos al primer golpe, como un árbol alcanzado por un rayo. Pero Shlomo sabe protegerse. Y yo, hasta ahora, nunca había sentido esa necesidad.

He vivido disfrutando hasta el final de todas las emociones. Me gustaba la sensación exultante e incluso embriagadora que despertaba en mí la vida. Shlomo, en cambio, es coherente, imperturbable. Lo ha sido siempre, pero en otros tiempos sabía que me quería. Ahora ya no estoy segura.

La última vez que se lo pregunté respondió: «Ni lo sé ni quiero saberlo». Me lo escribió en un mensaje: al leerlo, noté un agudo dolor en el pecho, como si me hubiera asesado una cuchillada.

La frialdad de Shlomo me provoca dolor en un punto concreto del cuerpo.

La primera vez que hicimos el amor, en su habitación blanca de Neve Tzedek, para mí fue precioso, no sé si para él también. Shlomo no habla de estas cosas. Shlomo no habla de sentimientos, de sexo ni de salud.

Durante nuestros primeros años juntos, algunas noches yo ponía un disco y bailábamos abrazados. Cuando hacíamos el amor, me decía que me amaba. Pero siempre hemos discutido, ya desde entonces: palabras dolorosas como puñetazos en la cabeza.

El silencio con el que me castigaba durante semanas, después de cada pelea, era aún más cruel: como un mordisco en el corazón, una asfixia, una tortura. Ahora discutimos menos, pero sus silencios duran meses. Y yo debo inventarme algo cada día para huir del dolor de su distancia: un viaje, un trabajo, una nueva amistad. Diez gotas de Xanax. Un *gin-tonic*.

Y, sin embargo, no puedo dejarlo.

La carta decía que debía acudir a un gran hospital en el cual no había estado jamás.

Era una de aquellas raras mañanas de junio en las que Milán resplandece con una luz azul, radiante y límpida como la de las montañas. Para combatir el intenso calor, había elegido una falda azul de lino y una blusa ligera de color blanco.

–Vestida así, pareces una colegiala africana –me dijo mi suegro.

Me lo había encontrado en la cocina, preparando el café con la cafetera. Vestía un pijama de seda azul. Aquella noche había dormido en casa, pues estaba de paso en Milán durante uno de sus viajes. Se llama Benjamin, pero lo llamamos Ben.

Shlomo estaba en Florencia por trabajo y habíamos cenado con los chicos. Ben los había cautivado con sus historias africanas mientras yo cocinaba *orecchiette* con tomate y abría una botella de brut. Quería celebrar la visita y olvidarme de la pelea de aquella mañana con Shlomo. No sé por qué motivo habíamos discutido, pero antes de irse me

había gritado que era una egocéntrica y una consentida. No habíamos vuelto a hablar desde entonces.

Después de la cena con Ben y ya más relajada por el champán, le había escrito un mensaje en el que le decía que me daba cuenta de que ya no me quería, pero no se lo había enviado.

Cuando a la mañana siguiente la radióloga pidió con expresión preocupada otra prueba, lo llamé. Dijo que volvería enseguida y cumplió su palabra.

Lo último que me esperaba era tener un tumor, por dos motivos.

El primero, que no hay antecedentes de cáncer de mama en mi familia, no fumo, como mucha verdura y poca carne, no he tomado nunca la píldora y estoy delgada.

El segundo es que un mes antes, al notarme una especie de bulto en un pecho, llamé al ginecólogo.

–¿Es duro? –me preguntó.

–No, blando –le contesté.

–¿Duele?

–Sí.

–Entonces no es nada –concluyó él–. Ya sabes que los tumores no duelen, ¿verdad? Será una glándula que ha aumentado de tamaño.

Aun así, y por precaución, fui a su consulta para que me visitara. Después de palparme, confirmó el diagnóstico telefónico.

–No es nada. Será una glándula. ¿Cuándo dices que te toca la próxima mamografía? ¿Tres semanas? Bien, entonces te confirmarán que no es nada.

Se equivocó.

–¿Y si me muero? –le pregunté a Shlomo por teléfono.

–Si te mueres es lo de menos –me respondió él.

La segunda persona a la que llamé fue Teresa, la mujer de mi hermano, que me dijo:

–Pero un tumor no es propio de ti.

Yo pensaba lo mismo. Creía que el cáncer era algo que afectaba a las personas que no afrontan sus penas. Yo siempre he desentrañado las mías.

No reprimo mis impulsos, sino que los agoto. Siempre he trabajado demasiado. Lo que me impulsaba a excederme no era la ambición: era el ansia de hacerlo todo y hacerlo siempre lo mejor posible. Mi trabajo era la parte más fácil, pero sentía la obligación de no faltar a ningún ensayo ni a ninguna entrevista con los profesores, de llevar a los niños al pediatra, preocuparme por sus amistades, sus deportes, su alimentación... Quería ocuparme de todos los detalles de su vida. Shlomo, en cambio, tenía una actitud más relajada ante las cosas cotidianas, más sana, sobre todo para él.

Luego los niños crecieron y el trabajo también. En un momento determinado, algo ocurrió. Me sentía siempre

cansada y resultó que había cogido una mononucleosis. Pero eso no me detuvo.

–¿Ha experimentado algún dolor intenso en los meses anteriores al descubrimiento del tumor? –me preguntó la oncóloga antroposófica a la que acudí tras el diagnóstico, como apoyo a la terapia tradicional.

–Llevo toda la vida sintiendo dolores intensos, doctora –le respondí con arrogancia.

«No tienes piel», me dijo una vez Shlomo, enfadado. Soy emotiva, impulsiva y, según él, irracional. Pero sin piel las emociones se sienten más intensamente y mi ansia era la gasolina para todo: escribir y vivir.

Cuando aparece un tumor, nos sentimos obligados a hacer un examen de conciencia. Aparece al azar, dicen los entendidos. No saben por qué. Lo único que se puede hacer es tratar de prevenirlo, llevar una vida sana, aunque a lo mejor no sirva de nada.

Pero nadie dice: no sufras tanto, no te atormentes, no dejes que los nervios te dominen, no te agotes tanto. Nadie aparte de tu madre, si la tienes. Pero ¿quién escucha a su madre?... Nos avergüenza decir que estamos cansados, tenemos que seguir adelante sea como sea.

Yo necesitaba tenerlo todo controlado. Por las noches permanecía en vela con la mente absorta en los problemas que

debía afrontar: un final que no me convenía, el pollo que tenía que descongelar, la ortodoncia de Marco, Shlomo que no me hablaba desde hacía tres días... Y por la mañana los resolvía todos, excepto los que tenían que ver con Shlomo.

Descubrir que tienes una enfermedad te catapulta hacia una dimensión de libertad. No puedes programar nada, excepto el tratamiento. De repente, dispones de más espacio en el disco duro del cerebro. No digo que enfermarse sea una suerte. Me irritan los místicos de la enfermedad: ponerse enfermo y curarse no tiene nada de heroico, se hace y ya está. En todo caso, existe cierta nobleza en la discreción. Al menos este año no tendré que afrontar el problema del teatro: mi agenda de los próximos meses incluye cuatro ciclos de quimioterapia.

Es un truco, y estoy haciendo trampas, porque no dejo de hacer las cosas que más me importan: sigo ocupándome de mis hijos y sigo escribiendo. Pero los monólogos pueden esperar, no forman parte de las necesidades básicas.

Lo bueno de una enfermedad es que entiendes las prioridades. Las percibes sin dudar y sales de la rueda del hámster. Por plena que sea una vida, tarde o temprano se convierte en una especie de burbuja en la que siempre hacemos las mismas cosas. Cuando nos ponemos enfermos, la burbuja estalla. Descubres experiencias nuevas, conoces a otras personas: médicos, enfermeras, otros enfermos. Otros mundos.

Me gustan las sorpresas, tanto que la noche de San Lorenzo del año pasado, mientras contemplaba la lluvia de estrellas, expresé mi deseo de recibir una sorpresa.

No se me ocurrió pedir que fuese bonita.

Gracias a la enfermedad he conocido a Aldo, el químico del departamento de medicina nuclear, que mientras esperábamos a que me hiciera efecto el líquido de la escintigrafía me contó su caótica vida sentimental. Luego, una vez terminada la prueba, le sacó el resultado al técnico de radiología con el que iba a jugar al fútbol el sábado. A Simona, la cirujana plástica con tacones de aguja: cuando los dolores posoperatorios no me dejaban dormir, fue ella quien me hizo reír con los cotilleos del hospital y sus proyectos de utilizar una sierra eléctrica para serrar, a escondidas de su marido, los viejos muebles de la terraza. «Son demasiado grandes, no sé cómo sacarlos de ahí, así que mejor los corto a trocitos y los quemo en la chimenea». A Tagliavini, el oncólogo con un sentido del humor muy inglés, que enumeró con tanta precisión la lista de efectos secundarios de la quimioterapia que hasta pensé «mejor me pego un tiro ahora mismo». A los enfermeros malos, que me reventaron una vena la primera vez que me sacaron sangre, para demostrarme que tenía que ponerme el catéter fijo y dejarme de tonterías. A Azzurra, la doctora asistente de Tagliavini: es más inteligente y empática que él, pero durante las visitas se limitaba a escribir lo que dictaba el jefe de oncología. A

la doctora Parenti, la oncóloga antroposófica que intentó enseñarme a no tomar decisiones en tiempos de guerra.

Y luego conocí a Luca, el chico más guapo al que haya besado jamás. Si no hubiéramos compartido terapia, jamás lo habría conocido.

